



No puede haber dos amigos mejores que Lulai y Arturo, van juntos a la escuela, se sientan juntos, juegan juntos en el patio y a los dos les dan juntos ganas de hacer pis.

Tan amigos son que un día decidieron casarse. Les casó Adrián Carro, que dijo que sabía casar, porque su padre era concejal y ya había casado a un montón de gente. Y sí que es verdad que Adrián Carro sabía casar porque lo hizo mejor que cualquier cura y cualquier alcalde, con unas frases tan bien

dichas que parecía que se había pasado la vida casando a la gente.

—Arturo, ¿quieres a Lulai por siempre y por jamás, en el calor y en el frío, en enero y en agosto y hasta que después de la Resurrección?

Y los invitados que eran Pedrito Gómez, Carbajo y Paula exclamaron impresionados:

—¡Ooohhhhhh!

Era un ¡Oh! de admiración, como diciendo: “¡Qué bien habla este cura!”.

Y Arturo contestó:

—Sí, sí, pero ¿le puedo dar ya el beso a la novia, que tengo mucha prisa?

—No, todavía no, aprovechón —dijo Adrián Carro—, que la novia todavía no ha contestado a las preguntas del interrogatorio.

—Lulai —empezó Adrián—, ¿quieres a Arturo para casarte con él y quererlo por la noche y por la mañana, una hora detrás de

otra, aunque haya días que no te apetezca ni una pizca?

Ante tal pregunta, la novia se quedó dudando un rato y al final contestó:

—Bueno, pero estaré casada un día sí y un día no, porque si no me aburro.

Y los invitados a la boda, que dieron esta respuesta por buena, no dejaron ni que Adrián Carro echara su bendición a los novios, antes de que dijera aquello de: “Yo los declaro marido y mujer”, tiraron cada uno un puñado de tierra en las cabezas de los novios, y entonces sonó el timbre y echaron todos a correr hacia la clase, todos menos el novio, que fue muy despacio y muy desilusionado, porque cuando uno se hace la ilusión de besar a su novia es muy difícil volver a clase simplemente con las ganas.

Pero bueno, no hay que dramatizar, porque después de este día Lulai y Arturo se





casaron unas cuantas veces más y Arturo siempre procuraba que la ceremonia fuera rápida para llegar al beso, que era lo que a él de verdad más le importaba. A Lulai le gustaba, pero no tanto como a Arturo, porque si fuera por Arturo hubieran estado todo el santo día dándose besos y abrazos. Hasta la maestra Amparo tenía que intervenir algunas veces porque, por ejemplo, había veces que Lulai estaba intentando hacer su trabajo de arte, colorear los patos sin salirse de las líneas, y de pronto, como si fuera un huracán y sin venir a cuento, Arturo le daba un abrazo y le agarraba la cara con las manos para darle varios besos.

—Arturo, Arturo, déjala que trabaje, no seas pesado.

—Pero si nos casamos en el recreo.

—Me parece muy bien, pero no la atosigues.

—Un rato sí y un rato no —decía Lulai mientras pintaba—, yo me caso un rato sí y un rato no.

Arturo sufría un poco cuando Lulai decía esas cosas, pero luego se le pasaba, cuando salían de la escuela y Lulai se despedía diciéndole: “Eres mi gran amigo”. Arturo quería entonces darle un beso antes de que ella se marchara de la mano de su madre, pero a lo mejor le decía ahora no, mañana en el patio.

No es que Lulai quisiera hacerle sufrir, es que, sencillamente, no le gustaban tanto los besos como a su amigo del alma.

Pero, desde luego, no había en toda la clase, en toda la escuela, mejores amigos que la niña Lulai y el niño Arturo.

Arturo estaba perdidamente enamorado de ella, escribía su nombre en todas partes, en los rincones de la habitación donde no

podiera verlo su madre, y en su brazo y en la barriga y en la escalera de su casa.

A Lulai le gustaba dejarse querer.

Pero un día el niño Arturo sufrió más que nunca, porque Lulai se había cansado de casarse siempre con el mismo novio y dijo:

—Ahora que haga Arturo de cura y yo me caso con Adrián, o con otro, me da igual.

A Arturo le costó mucho que no se le llenaran los ojos de lágrimas y dijo tragándose un montón de saliva que tenía en la garganta:

—No quiero hacer de cura, prefiero hacer de invitado.

Así que fue a Carbajo a quien le tocó casar a la nueva pareja. Carbajo no quiso hacer de cura, él dijo que era el capitán del Titanic y que tenía que casarlos antes de que se hundiera el barco y se murieran todos, porque según Carbajo es infinitamente mejor casarse antes de morir.